

mer anunció diez puntos que fueron en realidad el único programa real de la coalición gubernamental. ¿Será Messmer el encargado de cumplirlo? Volvamos aquí a la cuestión del primer ministro. Edgar Faure, en realidad, no aparece más que como un brillante «outsider» que sería elegido para anunciar que todo había cambiado. Messmer podría volver al cargo —y los pronosticadores creen que es lo más probable— para demostrar que nada había cambiado, y que si el Gobierno lanza un programa social, lo hubiera hecho igual sin elecciones... Una segunda posibilidad es la de Olivier Guichard, que significaría que algo, pero poco, había cambiado...

Pero, en realidad, parece que Pompidou está, sobre todo, preocupado de señalar que lo que menos importa es un primer ministro, puesto que se trata de un régimen presidencial, y el Presidente es él. Parece que tiene ya

redactado un mensaje a la Asamblea para que sea leído —como el «mensaje del trono», en Gran Bretaña— el día de la apertura. Sería un mensaje rotundo y llamativo, anunciando ya las reformas sociales. Antes de que hable el primer ministro, antes de que la oposición presente sus proyectos de ley, antes de que se reúnan las centrales sindicales... Como se ve, es una carrera contra reloj, en la que cada uno quiere apuntarse el éxito. Y está también claro el tema: las mejoras sociales. Si algunos periódicos capitalistas apuntan ya que sería suicida un aumento de salarios en un momento inflacionista como éste —traducción: «Si hemos ganado las elecciones, ¿cómo hemos de pagar más a nuestros obreros, que las han perdido?»—, las fuerzas políticas saben que difícilmente escapan a esta cuestión, a este emplazamiento del problema principal: precios y salarios. ■ J. A.

U. S. A.

LA "INVERSION" VIETNAMITA

Richard Nixon quiere contribuir a la reconstrucción del Vietnam..., siempre y cuando ello beneficie a los Estados Unidos.

Recientemente en París, el embajador William Sullivan, subsecretario de Estado adjunto americano, brazo derecho de Henry Kissinger, y Nguyen Co Thach, viceministro norvietnamita de Asuntos Exteriores, celebraron una serie de reuniones tan privadas como, al parecer, constructivas.

Los americanos sueñan con realizar variadas inversiones en Vietnam del Norte: en acerías, infraestructura de transportes, ayuda a los minusválidos, etcétera. Durante la primera reunión del comité económico americano-vietnamita (que habrá de celebrarse antes de que acabe el mes), los Estados Unidos decidirán destinar seguramente dos mil millones de dólares, aproximadamente, a la financiación de varios "proyectos" sometidos por Hanoi. Sin duda, los norvietnamitas hubieran preferido un esfuerzo colectivo multilateral a esa ayuda bilateral. Ahora bien, como sus grandes aliados, China en primer lugar, y la URSS a continuación, se muestran refractarios a todo fondo internacional que pudiese obligarlos a trabajar juntos, Hanoi juega al bilateralismo.

Hemos empleado antes la palabra seguramente, pues si bien Richard Nixon, comandante en jefe del Ejército americano, tiene derecho a enviar "B-52" a Hanoi y Haifón, no puede distribuir ningún maná sin la aprobación del Senado. Sano control del poder ejecutivo por parte del legislativo: en asuntos como éste, la Casa Blanca propone y el Congreso dispone.

En este terreno, es decir, en todo lo relacionado con la reconstrucción de la península indochina, Nixon ha de hacer frente a una doble y extraña oposición. Por un lado, la de ciertos liberales demócratas, un tanto enardecidos —el ex candidato a la Presidencia McGovern, en cabeza— declaran que se opondrán a toda ayuda mientras el Presidente se resista a emplear los fondos votados por el Senado con destino a diversos proyectos interiores americanos. Por fortuna, esa oposición no tiene carácter monolítico, y determinados senadores, tales como Mike Mansfield y Edward Kennedy, han manifestado que sería inmoral, en su opinión, relacionar los problemas internos y externos.

Los conservadores constituyen la segunda y más peligrosa oposición. Por consideración hacia

ellos, en los acuerdos de París no se habla de "reparaciones". Nixon presenta sus proyectos calificándolos de "garantía contra la guerra". A sus electores les resulta ridícula la idea de que los Estados Unidos hayan podido contraer deudas con la R. D. V. La tradición americana de ayuda a los países por ellos arrasados se funda en el interés, no en la filantropía. Se "vendió" el Plan Marshall a los europeos explicándoles que se trataba de inmunitar a la Europa Occidental contra el comunismo. Ahora, el Gobierno les explicará los proyectos de ayuda al Sudeste asiático, asegurándoles que así se protege a Hanoi contra Pekín —o Moscú— y a Saigón, Phnom Penh o Vientian contra Hanoi. Se ha elegido una línea más sutil. Pero los americanos no son más maniqués que antes: en 1973 saben perfectamente que hay varios comunismos, y confían en que el Presidente sabrá utilizar a unos contra otros.

Por parte americana, mucho dependerá de la situación en Vietnam del Sur: "Ni hablar de financiar la paz si continúa la guerra. Suponemos que los combates se detendrán poco a poco. Ello redundará en interés de los propios comunistas..."

¿Y Nguyen Van Thieu? Si éste se muestra reticente, el Presidente americano le explicará, a inicios de abril, que la cantidad de dólares disponibles para Saigón será directamente proporcional a la voluntad pacífica del régimen.

Este proyecto de inversiones útiles en la antigua Indochina francesa se haya más acorde con la filosofía económica de Richard Nixon que una generosa y gratuita doctrina de ayuda a los países del Tercer Mundo, sean comunistas o no. Nixon se presentó en su campaña electoral como el hombre de la expansión y del ahorro, y ahora ha de poder demostrar que todo gasto, exterior o interior, es rentable.

John Ehrlichman, "asistente de Asuntos Interiores en la Casa Blanca" —"pandán" y rival de Kissinger—, ha resumido así el pensamiento y el programa económico-financiero de Nixon: "Quiere limitar los gastos federales a doscientos sesenta y nueve mil millones de dólares en el año fiscal que comenzará el uno de julio de mil novecientos setenta y tres". Republicano clásico, Nixon desea reducir el déficit, pero

especulación, y que, por tanto, no tenían necesidad de internizar los problemas monetarios internacionales.

Al fin, la crisis y la cooperación europea y euroamericana entran en vías de arreglo. Solución a corto plazo para la crisis monetaria: cooperación previsible y deseablemente más larga para los europeos y tregua monetaria y comercial entre Europa y los Estados Unidos. A todos interesa —todos lo necesitan— el acuerdo. Todos son conscientes de que la autarquía podía ser nefasta para el mundo capitalista.

La Conferencia Monetaria de París finalizó el día 16, felizmente para todos (esto se sigue de las declaraciones oficiales inmediatas). Las monedas europeas flotan (flotación limitada y controlada) conjuntamente, y los Estados Unidos intervendrán en apoyo del dólar. Esto es lo más sustancioso del acuerdo.

La flotación supone ampliar la posible banda de variación de las monedas europeas con respecto al dólar, lo que limita para los Bancos centrales europeos la compra masiva e indeseada de dólares, cuando sean abundantes, para mantener el tipo de cambio (precio al que una moneda se cambia por otra) dentro de los estrechos límites convenidos anteriormente.

La flotación conjunta, aparte de implicar una mínima coherencia monetaria en la cuarteada Europa de las patrias, presenta el aspecto negativo de que las monedas débiles —en estos momentos, la lira y la libra esterlina— seguirán las pautas de las fuertes, debido al establecimiento

de tasas fijas de cambio para las monedas intracomunitarias (la fluctuación sólo funciona frente a terceros). La Comunidad deberá acudir de nuevo a su larga experiencia en tasas compensatorias, módulos, "prélèvements", etcétera, para garantizar las exportaciones de estos países de moneda débil frente a revaluaciones excesivas y ficticias impulsadas por las áreas más potentes del bloque comunitario.

Los Estados Unidos, por primera vez en la historia del sistema monetario internacional, se comprometen a apoyar al dólar. El cinismo manifiesto de las palabras pronunciadas el 13 de febrero por mister Schultz, secretario USA del Tesoro, de que su país no intervendría más para apoyar al dólar, fueron ampliamente comentadas y criticadas en su momento, ya que quienes habían apoyado al dólar hasta entonces eran los Bancos centrales europeos. Los Estados Unidos se comprometen ahora a controlar las salidas de dólares y a repartir parte de los dólares flotantes en Europa —dólares hoy devaluados (un 20 por 100 aproximadamente desde 1971) con respecto al oro o a cualquier otra mercancía—.

Europa, por su parte, ayudará a las autoridades americanas en esta operación de repatriación de dólares errantes mediante créditos en marcos alemanes a medio y largo plazo. Todo un nuevo Plan Marshall para los Estados Unidos —en palabras de Jacques Rueff—, en gratitud a sus "milagros" de orden, armonía y desarrollo en Europa desde la segunda guerra mundial. ■ LAZARO MUÑOZ.

LA "INVERSION" VIETNAMITA

se niega a aumentar los impuestos: "El ciudadano americano —dice— soporta hasta un límite casi intolerable los impuestos federales, los impuestos de su Estado y los de su ciudad". Y el Presidente añade: "El Gobierno de Washington se está volviendo demasiado costoso". Idea esta que, aunque refutada en Harvard y Harlem, hace las delicias de la mayoría silenciosa.

En este sentido, Nixon se dispone a recortar ciertas ventajas en el complicado sistema de la seguridad social, a terminar con un concepto heredado de la "Nueva Frontera" kennediana y de la "Gran Sociedad" johnsoniana: el de los ingresos anuales garantizados. Otros "proyectos" federales que Nixon quiere "aerodinamizar" o suprimir del todo: fondos destinados al desarrollo del há-

bitat, subsidios por vivienda... Nixon estima sinceramente que gran parte de los cuatrocientos veinticinco "proyectos federales" no han dado los resultados apetecidos, y que hay "demasiado centralismo".

En el campo de la política exterior, Nixon ha evolucionado sensiblemente en veinte años: ha pasado del anticomunismo planetario a la coexistencia pacífica, a través de la apertura al Este. En política interior, por el contrario, sus puntos de vista apenas han sufrido cambio alguno. Nixon admite que tiene "una fuerte fibra de individualismo... No sólo en casa, sino también en la escuela y en la iglesia se me inculcó la idea de que uno ha de saber cuidar de sí mismo en lugar de confiar en que los otros vengán en su ayuda". Seamos justos: Nixon ha modificado sus puntos de vista en determinado

terreno: hoy es partidario —necesidad, inflación y un dólar débil obligan— de una buena dosis de autoritarismo —cuando haga falta— en el control de precios y salarios.

Nixon no se interesa en absoluto por los problemas de los negros que han votado masivamente por él y que hace algún tiempo que no organizan ningún motín grave. Ahora bien, este problema sigue siendo el más importante con que se enfrenta el país.

Confundiendo los efectos con la causa, Nixon se propone aumentar la asignación a las fuerzas del orden: mil quinientos millones de dólares para la Policía y demás organismos encargados de hacer observar las leyes de la Unión y de los Estados... Actualmente, ni la "calidad de la vida" ni el problema del medio ambiente forman ya parte de los "slo-

gans" o del credo de Nixon. Así, el Presidente ha vetado un ambicioso crédito de veintisiete mil millones de dólares destinado a programas de limpieza de las aguas americanas (lagos, ríos, hasta 1975). El Congreso no ha aceptado el veto presidencial. Pero Nixon puede muy bien negarse a gastar ese dinero...

Si quiere obtener dólares para Vietnam, Nixon tendrá que hacer concesiones interiores a un Congreso en el que los demócratas son mayoría. Conservador desde el punto de vista financiero, el Presidente escatima hasta los centavos. "Gracias a Kissinger —dicen algunos 'washingtonólogos'— Nixon ha modificado sensiblemente sus puntos de vista en política exterior. Gracias a Ehrlichman, el Presidente no se ha movido un milímetro en el plano interior". ■ OLIVIER TODD.



ROMANCE DEL «SAGAZ» PERIODISTA

Escuchen, nobles señores, esta nueva copia mía, porque les quiero contar una historia muy bonita. Si quisieran escucharme muy honrado quedaría y si fuera de su gusto por pegado me tendría. Es una historia de Corte con su poquito de intriga. Les pido que me corrijan si digo alguna mentira. Viernes nueve era de marzo; el Consejo se reunía en el palacio de El Pardo que de aquí a dos leguas dista. Al salir de la reunión convoca a los periodistas el ministro Sánchez Bella como es ya costumbre antigua y da lectura a una nota en la que se comunica que los Gobiernos de España

y la República China relaciones diplomáticas establecer decidían. En el plazo de tres meses Embajadas cambiarían. Lo han firmado así en París Huang Cheng y Pedro Cortina. Poco voy a hablar aquí de la noticia en sí misma. De realismo político la cosa se califica. No ha sorprendido en el fondo, pues ya verir se veía. Un partido de ping-pong ¡hay que ver cuánto cundía! Mas lo que aquí me interesa no es comentar la noticia, sino recordar la forma en que ésta se comunica. Pues lo que el ministro dice a la prensa reunida al terminar el Consejo, como arriba les decía, era público y notorio; todo el mundo lo sabía. Una edición especial del diario sindicalista, con lujo de titulares, al Gobierno se anticipa. Contrariado está el ministro, ¿quién no se disgustaría? Se ha indignado la opinión: «Esto es cosa nunca vista. El secreto del Consejo este diario toma a risa». Pero presten atención que el asunto tiene miga. Es el director de «Pueblo» persona muy discutida. En su sección «Lo que pasa», que los martes se publica, ejerce Emilio Romero la función de Pitonisa. Interpreta «sagazmente» lo que se cuece allá arriba. Gran hermeneuta, traduce lo que las voces le dictan. Con todo ello resulta su página muy leída,

porque no hay casi otro medio de saber lo que se estila. No deja nunca Romero de dar alguna «noticia» y en lo que queda de espacio don Emilio polemiza. Pero volvamos al caso que relatarles quería. El martes día seis de marzo, en la página ya dicha, bajo el título «Sorpresa», así Romero escribía: «Acaso el martes que viene aquí comentar podría —y a ello preparado estoy— una singular noticia que a aquellos que la leyeren boquiabiertos dejaría». Tertulias y mentideros especulan en seguida que al propio Emilio Romero la noticia afectaría. La cosa tiene su lógica, porque por aquellos días se propagaba el rumor de que Romero caía. Lo que se llama caer, de muy alto no caería. Una Embajada en Varsovia le habría sido ofrecida. Con el triunfo de Perón se ha pensado en la Argentina. Mucho se ha hablado del tema y se hablará todavía. Pero a él, dejar Madrid le viene muy cuesta arriba. La Argentina está muy lejos y él tiene mucha familia. Hay mucho que vigilar y don Emilio vigila. Pero sigamos, señores, la historia que les decía. Y fue que al día siguiente de anunciarse lo de China protestaba el diario «Ya», de esta manera escribía: «Asombro nos ha causado esta gran anomalía de conceder privilegios

en semejante noticia emanante del Gobierno que es a la Nación debida». «Es poco serio, señores, el periódico insistía. Este proceder un grande desprestigio suponía y ha sufrido un contratiempo la autoridad sorprendida». Al otro martes, Romero contra el «Ya» arremetería: al diario acusa de hacer «periodismo de rutina». «Se dice que tengo bula que con Pemán compartía. Es la eterna cantinela con que se me perseguía». «Que se hable de privilegios mucho a mí me regocija cuando gané a mis colegas en buscar esa primicia». Y en su estilo combativo de esta manera añadía (no hay desperdicio en la frase, pasará a la antología): «Una semana les di para rastrear la noticia». Muy bien contestaba el «Ya» y en forma muy comedida: «Esto no tiene que ver con sagacidad o rutina, sino con otros valores que incumben al periodista. Romper ahora las cartas gran mérito no tenía, sobre todo para aquellos que más respetar debían las reglas que tiene el juego». De una manera distinta también protestó «El Alcázar»: «Mucho nos duele, decía, la desigualdad en el trato». Y acto seguido añadía: «Pero en cuanto a lo demás, ¡viva don Emilio! ¡Vival!». Esta es la historia, señores, harto significativa, que hoy he venido a contarles de tan «sagaz» periodista.